

# Formato TREGOLAM

**Para manuscrito de Novela, Novela Corta, Cuento y  
Libro de Cuentos**

**(Para papel A4)**

**Recomendado para presentación a editoriales, agencias literarias y  
concursos, salvo cuando estos tengan su propio formato.**

(Lo que sigue es un ejemplo de carátula, comienzo de capítulo y una hoja tipo)

NOVELA

A ORILLAS DEL LIFFEY

Autor: Luis Miguel Aguilar Roca

Email: [lmaguiar1978@gmail.com](mailto:lmaguiar1978@gmail.com) Telef.: (34) 688 99 33 42

C/Ortuño 134, 2º Izdo. Madrid 28034

**Tipo de letra para todo el texto: Times New Roman 12**  
**Presentar el manuscrito impreso solo a una cara.**  
**Enviar el manuscrito por correo ordinario, no electrónico.**  
**Si es libro de cuentos, incluir su índice al principio.**

## Capítulo I

**Diálogo**

**Descripción**

4.1 cm

2.8 cm

2.2 cm

-Archibald MacAindris...  
Me abrazó sin dejarme continuar y tan efusivamente como solía hacerlo cuando éramos jóvenes. Archie, el único irlandés que prodigaba no ya abrazos, asunto de por sí muy extraño, sino abrazos exagerados y ruidosos, había sido respetado de forma sensata por el paso del tiempo y mostraba un aspecto excelente. Conservaba exacta esa mirada clara y pícaro que tantos beneficios nos reportó con las chicas y mantenía intactos sus naturales aires aristocráticos al igual que su aspecto de dandi rompedor, clásico pero algo excéntrico, vistiendo siempre chaquetas con cuadros, ya fueran amarillos, verdes o azules. En las miradas de un grupo de cuarentonas, quienes dejaron de parlotear para observarle, advertí que aún ejercía sobre las mujeres una respetable fascinación.

-¿Pero qué haces en Irlanda, pequeño cabrón? Estás magnífico.

Mantén su forma sosegada de hablar de siempre y su voz, tan cálida como entonces, me hizo evocar nuestras conversaciones y nuestro mundo de antaño. Nuestras andanzas con Plácido Scandurra, las timbas de póquer de las que Archie siempre sacaba tajada y que eran a menudo nuestra salvación económica, los *parties* que era capaz de organizar en un suspiro, su maravillosa casa familiar de Merrion Square.

-Tengo que admitir que no eres el típico español mentiroso y fanfarrón sino un caballero de palabra –ironizó-. Me prometiste que volverías, y aquí estás.

-Treinta y siete años después. Pero he cumplido.

-¿Casado?

-Divorciado. Un hijo.

-¿Y la irlandesita aquella...?

-Acabó en nada. ¿Y tú, Archie?

2.5 cm

1

1.2 cm

**Interlineado**  
**1,5**



3.0 cm

-Soltero. Jamás me abandonó la vocación, ya sabes.

-Y... ¿tus padres?

-Lamento comunicarte que soy huérfano desde hace cinco años, querido. El viejo se ahogó con la aceituna de un Martini. Eso sí, la copa ya la tenía vacía. Y mamá no duró ni un mes sin el zopenco de mi padre. Se murió de pena, pero a propósito. Y contenta además porque decía que iba a encontrarse con él. Como si no hubiera tenido bastante.

-Lo siento. Me acuerdo de ella. Ya sabes que la estimaba mucho.

-Y ella a ti. Pobre, fíjate si sabía poco de la vida que te ponía de ejemplo a mí. Oye, ¿y tus padres?

-Imagínate. Somos dos huerfanitos.

-Y ya en la primera línea de fuego, ¿eh? Vivo en la misma casa, ¿la recuerdas? Quien iba a creerlo, ¿verdad? César, César. ¿Una pinta, un vino, un coñac, un whisky?

-Lo que tú elijas estará muy bien.

-Dos docenas de ostras y dos hermosas *Guinness*. ¿Te hace, pequeño cabrón? Y ahora me cuentas qué haces aquí. Y si quieres, intentamos pasar un buen rato con estas señoras, que no hace nada eran casi niñas, ¿recuerdas este salón, viejo zorro?

Me guiñó un ojo y con un gesto tan armonioso como natural me invitó a sentarme en uno de los sofás del bar, levantó displicentemente dos dedos para llamar la atención del camarero, me rogó que fuera yo quien le pidiera lo que habíamos acordado y me avisó de que, mientras, iba a despedirse de la persona con la que estaba, un tipo vulgar de aspecto poco recomendable que nos escrutaba desde la barra con ojillos de hurón y cara de pocos amigos.

Luego me contó que aquel tipo de la barra era alguien muy de fiar, siempre que no pretendieras engañarle, claro, porque entonces podías acabar flotando en el Liffey, y uno de sus contactos, enlaces los llamó, para las partidas de póquer.

Porque resultó que Archie no acabó nunca abogacía, ni llegó a heredar el prestigioso bufete de su padre como este soñaba, sino que se había dedicado a la única profesión que le gustaba y que encajaba como anillo al dedo en su vocación de vividor: jugador profesional de póquer. Y casi siempre le había ido muy bien. Seguía inflexiblemente sus propias reglas, que le salvaban de caer en los errores que llevan a la bancarrota en el mundo de las cartas, y gracias al juego había viajado por medio mundo, todavía lo hacía, al día siguiente volaba a trabajar a varios países árabes, y había vivido y vivía sin tener nunca que trabajar. Me contó divertido que casi nadie conocía su verdadera profesión, yo y unos cuantos elegidos.